

portan su material en aguas venezolanas están vestidos con tal comisión de policía venezolana? ¿Quién les dió tal cometido?

Esto no puede ser sino otra insidia de la prensa yanqui porque las actuales autoridades venezolanas—al decir del Ministro en Washington, Dr. Arcaya—no sufren ingerencias, etc., etc... Eso estaría bien y fuera digno si no lo dijera el mismo hombre que en 1922, teniendo igual cargo en la capital saxo-americana, nos denunció a Jacinto López y a mí ante la Secretaría de Estado por publicarse en *La Reforma Social* el prefacio de mis *Memorias*... La nota ésta acerca de ello ¿sabéis dónde está? Pues... en

José Rafael Pocaterra

Persiflage Poetas del dolor

—Colaboración directa—

Autobiográfico.—Donde nació a nadie le importa. A nadie le interesará hacer camino por tierra fragosa para llegar a ver, si todavía existe, la humilde casa en la que mi madre sintió el dolor inmenso de darme a luz.

Me crié descalzo. Recuerdo aún la vez cuando primero me torturé poniéndome zapatos. Al quitármelos me dejaron asombrados mis pies: habían adquirido color de cara, estaban sonrosados, y en la planta, adolorida con un dolor nuevo, tenía una larga y honda arruga. Los pobres dedos también se habían vuelto sensitivos. Para mí fue revelación que ha hecho época en mi vida esa insospechable y repentina sensibilidad en los pies. A medida que he ido civilizándome, el milagro doloroso se ha repetido en mí ser. No sé si se me entienda. No importa. Sé lo que digo. Ir descubriendo en mí nuevas sensibilidades ha sido el proceso de mi adquisición de civilización. No creo ser único. Por eso me sorprende que nadie haya advertido esto antes. Alguien, seguramente, lo debe de haber dicho ya. Me dolería sobremanera sentirme excepcional en esto.

Civilización, pues, para mí, es correlativo con sensibilidad. No es automóviles, ni carreteras, ni revistas con cinco millones de suscriptores, ni gas asfixiante, no, mil veces no. En mi casucha de Heredia, yo que no acierto a comprender por qué mis paisanos que los tienen gastan automóviles, ni con qué fin cuerdo el país está en crisis por construirse carreteras pavimentadas; yo, digo, maestro que no sabría qué hacer si me quitan mi sueldecillo mísero o si, como puede suceder, dejan de pagármelo, me considero, sin embargo, civilizado, altamente civilizado.

Criterio.—Mirad si no: cuando García Monge me inició en el estudio de la literatura —¡oh inolvidables clases aquellas!—si recordará él la vez que nos leyó la *Serranilla* del Marqués de Santillana: fluía su voz como un unguento—*moza tan hermosa*—y a mí me entraron ganas de llorar. ¡Descubrí en mí una sensibilidad nueva! Algo, algo en mi alma, algo que era terroso y a lo que yo no le había hecho más que sacarle espinas y niguas, se me puso rosado, como cara, y me sorprendió de que pudiese sentir lo que sentía. Para mí, el zapato por excelencia es el nuevo. Cuando no calzo nuevo, como si no calzara. Igual me resulta entonces a como, en el alma, cuando leo los periódicos; pero cuando estreno calzado, ¡entonces sí! Entonces es como cuando leo algo que me pone rócío en los

el *Times* mismo, edición de aquel año. Nada de esto es tan extraño—ni aun el mismo patriotismo tardío y manido del doctor Arcaya,—nada es tan absurdo como ver a estas horas por ahí quienes ayudan con una candidez desolada a hacerle ambiente al «gesto» de ese pobre señor que está ahora tan rico.

La decadencia es un fenómeno susceptible a cambiar en formas ascendentes de renovación; pero el cretinismo no ofrece esperanza alguna.

Se le llama, por ello, como a ciertos Gobiernos, «constitucional».

La frase ajena es dura pero pasa de paradoja a evangelio: «el último refugio de los pícaros es el patriotismo».

Para los aspirantes a tan alto título, con el deseo de que lo ganen sin que les duela mucho.

ojos. Ahí tenéis lo fundamental de mi criterio literario. El poeta que no me hace llorar, no es poeta. Ese es mi juicio.

Valencia.—Y la declamación me deja impávido. Por eso, ya podéis admirar cuanto querráis a don Guillermo Valencia; a mí me parece poeta muy secundón, y su oración en San Pedro Alejandrino algo que apena: ¡tanta oratoria, y ni una lágrima; tanta retórica y ni siquiera un sollozo; pobre Libertador, teniendo que fumarle puro fino tan grueso (ya conocéis mi aversión a los puros)! A los costarricenses para algo grande nos tiene deparados Dios. Somos el pueblo a quien no conmueven los discursos. Los oradores que hay entre nosotros son a pesar de nosotros. No nos gustan: se gustan ellos cada uno a sí mismo. Cada uno tiene un público en singular.

En cambio, por los versos—no los versos discursos ni los versos tratados, sino que los versos *versos*—nos encantan. Llenad un teatro cualquiera de los ticos que querráis y ponedlos a escoger entre que hable el Licenciado don Alejandro Aguilar Machado o que recite el idem don Rogelio Sotela, o viceversa, y apuesto los zapatos nuevos que me trajeron los Reyes—estilo Oxford, cuero cordobés, comprados donde Gil en San José—a que gana el recitador.

Mejillas de la patria.—En nuestras latitudes, dicen, el del hambre es dolor raro. ¡Ah, bien sé que en nuestra clase media—no, no en la media precisamente, sino en la que está entre la media y la primera, y es como una franja deshilachada de ésta—el hambre no es desconocida! En cierto modo, ésa es mi clase. Hasta donde puedo sentirme lo que los ingleses llaman *clas consciuous*. Porque a ella pertenecen, de ella salen y a ella vuelven, la vasta mayoría de los maestros de escuela.

Culturalmente somos, *en bloc*, la élite de la raza. Somos los que leen; los que escriben; los que piensan; los que sienten, sí, la parte del organismo social que tiene sensibilidad descubierta. Somos la cara del país: en nosotros se sonroja cuando le invade la vergüenza: somos el rostro de Costa Rica, así como hay otras clases que son los brazos y las manos, el estómago y las tripas y el estiércol de la nación. En nuestra clase hay hambre. Para mantener las decencias exteriores, ¡qué pobremente os alimentáis, clase mía! La palidez de tus mejillas, tus ojeras grandes—esas ojeras que el bohemio nicaragüense comparaba a playas de finísima arena,—tus manitas

flacas y frías y húmedas, lo que hace tu belleza especial, oh muchacha que marchitaste tu primavera verdadera estudiando para maestra, y que ahora que lo eres te marchitas toda sin saber por qué y tienes un instinto torcido de las cosas, y hambrienta de fiesta huyes de los festejos, y consumida por sed de amar le haces al amor cara de asco—¡lo que el hambre, el hambre y el silencio, el hambre y el silencio y la demasiada sensibilidad te han hecho! Mi primera novia estudiaba para maestra.

Mi primera novia.—Su padre bebía. Y era hartón. La madre, a escondidas, lavaba ajeno. Yo todo lo sabía, pero hacía que lo ignoraba todo. ¡Qué continuo terror el de ella de que yo lo llegara a saber! Me amaba. Yo sabía que me amaba. Pero pretendía tenerme un infinito desprecio. Y no sabiendo qué hacer para que no rondase yo su casa ni la siguiese, cómo le hacía violencia a la ternura natural de su alma y rechazaba con odio mi cariño. Un zapato pobre, un zapato mal hecho, un zapato chirrión, que aprieta, que hace callos, que deforma—así fue mi primer amor. Y como cuando el pie, por causa de esos primeros zapatos mal formados, ya jamás hallará calzado que no duela, así, para mí, todo amor es dolor. Yo soy el hombre que tiene juanetes en el alma. No es donde la piel es más tersa, más fina, más suave, que reside la mayor sensibilidad, sino más bien donde la piel se ha endurecido y forma callo. En los días grises, en los días húmedos, como hoy, me duelen los callos con punzadas agudas, y, con agudas punzadas, me duele el corazón.

Mi novia se hizo maestra. Entre nosotros ya, hay lágrimas y años. ¡Qué vulgar que les parecerá esto a los espíritus insensibles, pero cuánta ternura encierra: que cuando me duelen los callos me acuerdo de mi primer amor! Poesía de amor que no punce, que no haga doler como duelen los callos en día húmedo, para mí no es tal poesía.

Boulmier.—Me recuerdo ahora de dos poetas del dolor—¿y quién que es poeta no lo es del dolor?—dos, apenas conocidos ahora, dos que el mundo ha olvidado y que sólo uno que otro como yo, de los que la vida ha divorciado del mundo, recordaremos. Ellos servirán de ilustración a lo que deseo expresar. Son franceses, contemporáneos de Víctor Hugo y de Lamartine; estaban en su apogeo literario el año de Sedán. El uno, Joseph Boulmier, nacido cuando Centro América se independizaba, publicó un libro de *odes sapphiques* en 1852; otro, de *Rimes touales*, en 1857; *La légende d'un coeur* en 1861; *Rimes brutales* en 1864; *Portefeuille intime* en ese mismo año, y, cuatro años después, en 1868, *Rimes chevaleresques*. Si publicó más, no lo sé, ni sé cuando murió. De su poesía *Stoicisme* son los versos siguientes que copio, en extracto, de los apuntes de cuando estudiaba la literatura francesa del siglo XIX:

*Douleur, ange gardien qui berces l'insomnie,
Non, tu n'es pas un mal, et l'on te calomnie.
Jaloux comme l'avare attentif a son or,
Donc je te couve en moi, douleur, mon seul
[trésor!
Pour toi je marche pur dans cette fange humaine;
Tu m'as guéri de tout: de l'amour, de la haine,
Du regret impuissant, de l'espoir envieux...
C'est toi qui dans ma vie as remis l'équilibre:
C'est toi qui m'as rendu calme, puissant et libre.
Et quand tout m'abandonne en me criant:
[«Malheur!»
Tu me restes fidèle, o ma chère douleur!...
O douleur, pain des forts, dont je veux me
[nourrir!...
Et saintement raison il avoit, a son tour,
Le blonde Galiléen, le prophète d'amour;*